



Ὁ Μητροπολίτης Μπουένος Άϊρες Ἰωσήφ

HOMILIA

Domingo XVII de Lucas. Domingo de la Cananea. Pre-fiesta de la Presentación del Señor al templo

“Ten piedad de mi, Señor Hijo de David”- clama la cananea ante Cristo que pareciera ignorarla. La mujer clama misericordia y en ese clamor reconoce que Cristo tiene el poder para curar a su hija que está endemoniada. El dolor que esa madre siente al ver la enfermedad de su hija la lleva a encontrar a Jesús, un hebreo, un extranjero, en la tierra de Tiro y Sidón. Pero Jesucristo no ha venido sinó *“a salvar a las ovejas perdidas del pueblo de Israel”*. La cananea pareciera encontrarse fuera del rango de acción de la misión del Teántropo. Los discípulos ruegan al maestro le conceda la gracia pues los atormenta con sus gemidos.

De repente el Maestro proclama una frase implacable, -indigna del Dios Misericordioso encarnado por el Cristo-Mesías- la cual, no obstante, es respondida con total firmeza por la extranjera. El Maestro es persuadido: la fe de la mujer es grande. Sí, la fe de la mujer cananea es magnánima y poderosa, **así como su humildad**. *He aquí que nos encontramos con una de las conjunciones, -con la **identificación**- más potentes en la vida espiritual del hombre: la fe y la humildad.*

La mujer persigue a Cristo y sus discípulos y ruega la curación de su hija con entereza, decisión, coraje -producto de la fe, claro- y conjuntamente con una profunda humildad, **análoga** a la anterior. Esto se refleja patentemente en la respuesta que le da al Maestro. La seguridad y el convencimiento propios de la fe son más que evidentes, sin embargo, no todo termina allí. Es por ello que ante la indeclinable frase de Cristo la mujer no cede, no calla y en una profunda humildad se identifica con lo lapidario de la frase. Y es allí donde la fe toma proporciones incalculables, en ese momento cuando es absorbida por aquella actitud que no es humillación, sino una profunda humildad; una humildad que supone auto-conocimiento, aceptación, *kénosis*.

La mujer **se vacía** de sí misma ante Cristo, llega por fin a destruir su pasión egoica, y es por ello que puede esperar y estar segura de la misericordia de Dios. **El ego anula la fe-confianza (Emmuná) primigenia del hombre Dios**; quien está lleno de esta imagen desproporcionada de sí

mismo no puede esperar ni confiar en otro que no sea él mismo; el ego en todas sus versiones y adaptaciones degenera aquella instancia anímica y la reconduce hacia sí mismo, haciéndose, pues, un elemento autónomo y autosuficiente.

La cananea, aquella que no es hija de Abraham, nos enseña lo que ella fe en cuanto **despojo**, en cuanto **desapego**, en cuanto **vacío**, producto del autoconocimiento. No responde con el silencio a Cristo y se retira con ego malherido y resentido, pues la extranjera ha vencido su propio yo. Por ello la cananea espera e intensamente suplica, por ello tiene fe inquebrantable. Sabe que Cristo ha de responder y le responde con coraje y en humildad: ***“Sí, yo soy lo que Tú dices, soy nada, pero aún así soy hija tuya y merezco tu misericordia”***.

Es por ello que San Pablo se pregunta retóricamente: *“Quién nos separará del amor de Cristo”*. Nada ni nadie. Excepto nuestro propio ego, y su consecuente orgullo y soberbia.